IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: TACUARÍ, 900 — ALBERTO GHIRALDO, DIRECTOR

Año VI · BUENOS AIRES, FEBRERO 18 DE 1915 · Número 122

E. ZULOAGA

Autor de **La Raza**, *el hermoso símbolo novelesco que se publica en las páginas de este número de* **"Ideas y Figuras"**. *Zuloaga, joven y vibrante espíritu, literato ágil y fuerte, de pura cepa española, nos dá con este excelente trabajo una muestra del ópimo fruto americano a cuya cosecha tiene derecho su inteligencia, dentro de un proceso evolutivo análogo al en que triunfa el personaje principal de* **La Raza**.

Dib. de Oñiverta

CeDInCI

De "León Vencido"

Raro es, en nuestro bastardeado medio, el noble brote de esas gallardas flores del pensamiento, que no maculan, al bajo precio del éxito de reclame, la pureza íntima de la obra de arte. La novela "León Vencido", de reciente publicación, y de la cual extractamos este fragmento, es una de esas raras y meritorias excepciones.

Una tarde, cuando las sombras no son sombras, ni las luces luz, el grandioso Tintoretto que se encarna en los hechos y en las cosas, hizo jugar el gualda y el carmín en la paleta de todas las creaciones. Y, en los cielos, los regueros de colores diluyéndose en las lejanías impalpables, eran como los estertores de la esperanza hundiéndose, poco a poco, en la nada inmensa, a medida que el sol y, a medida que la tierra se daban su diaria despedida de enamorados celosos, arrugando el entrecejo y dándose la espalda enamoradamente.

Esa tarde, vagando Neldo al azar, por aspirar la vida, se le acercó un amigo y tendiéndole la mano, dijo: Vengo de casa del senador Ruiz. Y he aquí mi nombramiento. Una obra por valor de tres millones de nacionales. De los cuales me tocarán como quinientos mil pesos. Adiós.

Y pasó, como un meteoro en la gloria de su nombramiento. Llevando una cargazón de sensaciones, que no pueden experimentar los extraños.

Hay que estar metido en el forro de los mercantilismos para saber y valorar en toda su intensidad sicológica, el momento ese, cuando el hombre alcanza la suma de sus ambiciones.

No hay esperanza capaz de ilimitarse como aquella cuando el tocino de estos comerciantes, engorda cebado por las protecciones.

Neldo no tuvo tiempo ni de verlo bien. Tan lleno iba de gracias y óleo santo su amigo.

Oh, dijo: los mendicantes, forrando sus meninges con las desvergüenzas, nenian sin cesar. Las mendicidades en la tierra, hacen del individuo un zángano social. Y, en cualquiera de las actividades humanas que se agite, no tiene esta plaga malaria más que un derrotero. Y un fin. Genuflexar y ambicionar.

El parasitismo social está dividido en dos familias de un mismo tronco. Una, que quiere trabajar. Pero sin pala, sin azada. Sin martillo. Sin desgaste cerebral. Nada más que para satisfacer sus vicios y virtudes, ya que estas no se mantienen de balde

Y otra, que no. La una, anda de puerta en puerta. Sube escaleras sin importarle el ascensor. Va bien vestida. Ríe. Juega. Flirtea. La otra está quieta en las esquinas. En los portalones, en la Catedral. Esa anda casi desnuda. Lacerada. Hambrienta. Llora y mira.

Y tanto una como la otra, en la polaridad de sus destinos, apesar de salir del mismo estero, pide.

La empleomanía, hermana mayor de la vagancia burguesa emperifollada con cosmético y aguas oxigenadas en las urbes, es como una pesadilla. Como una carga. Que cae aplastante en los presupuestos. Ya sean estatales o simplemente ciudadanos.

La sentimentalidad paterna del criollo, bañada en la luz de los grandes destinos y en el contacto con Europa, no tiene un punto fijo de partida que sea un mañana de verdad.

Las borlas de Doctor, colgando a montones en las puertas de las facultades, se brindan a los padres para sus hijos.

En una proporción desmesuradamente inversa a las necesidades y a los méritos el porcentaje real, de los verdaderamente capaces, es alarmante para el concepto público.

Y, así, de una falsa base, con un falso concepto, y con una falsa visión, hacen de los hijos parásitos sociales, que gravitan pesadamente en el axil de la marcha ascencional de las colectividades.

Las dos terceras partes de los diplomados son empleados. Y mendicantes. Empuñando su diploma son capaces de una obra cualquiera. Arquímides, renaciendo a las pretericiones de sus teoremas palanca les.

En un momento cruzó todo esto por la mente de Neldo. Y, ya cansado del silencio de su boca, dijo: Y qué sabe Lucio de ingeniería? Nada. Pero qué importa? En esta república de dios, donde todo se da, no es necesario más que una cosa para la vida.

La vida burguesa se entiende. Audacia. De esta surge la otra. La cuña.

Este, dijo, venderá su nombramiento o se asociará a un profesional y... ya está la América tranquila entre el ogro de la cabeza (el del Norte) y el del estómago (el estado).

Así es mi tierra. La sombra de los viejos luchadores, no se siente en la vida de este pueblo. Sus unciones revelatrices de vigilias sativas, no se incrustan en la mente de este pueblo.

Solo cuando Mayo se levanta, entonces se despierta. Pero es para gritar. Nada más. Para gritar tan solo

Luego... a la cachaza eterna. En la bigardía de sus actos mendicantes.

Mucho hay que hacer en esta tierra mía. Mucho hay que hacer. Primero, meter en las masas la sindéresis de que carecen. Como sea. Con el látigo. O con el verbo. Segundo, meter en las minorías dirigentes el credo y la luz de los pasados hombres.

Como sea también. Con el látigo. O con el verbo.

Hay que hacer desperezar esta atonía, que conduce al hombre a la inacción. Salvo las agitaciones políticas de cuatro partidos medradores de la fe y la conciencia pública y del tesoro público también, nadie se levanta para agitar siquiera el pendón de las reivindicaciones. Como si todo estuviera supeditado o tuviera que estarlo a la política. Tres revoluciones radicales, ensangrentaron el suelo criollo. ¿Y qué ¿La caída de Juárez compensó la sangre vertida?

Es necesario algo más hondo. Más intenso, que de a la nación la estabilidad precisa. Y ella, no puede tenerla a base de migajas de conciencia. A base de desperdicios de colectividad. No debe tenerla a base de esclavitudes. Y de neurasterismos políticos. Que lo único que con ello se hace, es anemizar la tierra. Y el hombre.

El legado de los próceres de la emancipación, ha sido violado. Por la ambición sin tasa de los mendicantes. Que quieren hacer de la república la ubre engordadora de todas las miserias que se cobijan en los antipatriotas. Que solo saben gritar coreando el asalto. Y la violación. Y hasta el Himno de la patria.

Como para blasfemar de la memoria de los héroes Y del inspirado autor de la canción que miente.

Porque aun no se siente "el ruido de rotas cadenas", ni el salmo de "libertad, libertad, libertad".

A. Coutouné.

Dr. JUAN E. CARULLA LIMA 630 ✻ BUENOS AIRES
Consultas: de 1 a 4 p. m. - U. T. 365, Libertad

AÑO V Buenos Aires, Febrero 18 de 1915 Núm. 122

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

OFICINAS: TACUARÍ, 900 ALBERTO GHIRALDO DIRECTOR

La Raza

I

Fernando Villegas escribió de esta manera a su padre, pocos días antes de reembarcarse para América:

"...Soy, pues, y en definitiva, un refinado. Con el abundante peculio que me has ido enviando he "europeizado" enteramente mi espíritu; por eso vas a encontrarme muy cambiado. Y así te lo prevengo para que no te extrañe.

Soy también, el primero en reconocer tus admirables dotes de sagacidad y de persistencia en andar por la senda de la fortuna, pero entiendo que puesto que tu has llegado yo no tengo porqué continuar; te sobra perspicacia para sacar bien el meollo de lo que estoy diciendo.

...Mis manos, además, no quieren avenirse, ya, a encallecerse aunque sea contando dineros; mi entendimiento no aceptará en manera alguna el provechoso dogal de los negocios. No quieras, pues, como me parece que pretendes, incorporarme a tu vida de hogar afuera; y cree que si no me exigieras el regreso yo te hubiera pedido, no tardando, tu venida...

...Tampoco debo poseer patriotismo. No te entiendo. Ahí no tuve tiempo de formármelo; aquí no he debido hacerlo...

Quiero sencillamente advertirte, por si acaso, que no soy un "farrista", como se dice por ahí; que no pienso sumarme a esa vida de disipación continuada, de continuado holgorio, que me ataca los nervios, más por insípida y vulgar que por mala. Te diré, a mayor abundamiento, que me siento no sé si superior a esos muchachos "bien" o solo fundamentalmente distinto de ellos.

...Y como esa política no me atrae y como tus negocios no necesitan de mi concurso, pienso que con ser tu hijo me basta y ha de bastarte a tí, sin que haya de ser ni más ni menos. En otros términos: no quiero ser tu sucesor, tu socio, quiero ser tu Fernando. Y termino: muy pronto nos abrazaremos y verás quién soy y sabrás comprender y entenderme..."

Quedóse el viejo Villegas perplejo al leer estos renglones. Por de pronto le supieron a inaguantable desafecto y desproporcionada pedantería; releyéndolos halló, entre líneas, puntas y ribetes de desprecio. Verdaderamente, sí, su hijo era más que él, pero ¿a qué decirlo tan en crudo? Aquello de echarse tan de lleno fuera de la vida paterna, en lo de negocios, claro que podía entenderse como fruto primerizo y mal sazonado de una educación de príncipe, pero en modo alguno debía justificarse como norma de vida... ¡Al tiempo, al tiempo!... Vendría Fernando y todo se había de ver y discutir.

—Mientras mi vida dure, acabó diciéndose el viejo, no le faltará dinero. Ya se le irán cambiando los gustos! Después!...

Y salió del escritorio.

Villegas padre no se empequeñeció ante Villegas hijo; no fué, en ningún momento, de los que porque el hijo tiene títulos académicos y "sabe más", se reducen al papel de admiradores incondicionales y manirrotos mecenas de los caprichos y genialidades y vicios filiales. Adoptó, al contrario, con Fernando una política de hábil oportunismo, notando con no pequeño asombro a las primeras de cambio que su hijo no le tenía en menos, que, salvo en cosas de negocios, era verdaderamente un prototipo de buen hijo. Y como "farrista" qué había de serlo?... Ni por asomos:

—Te diviertes menos que yo, Fernando, le dijo un día, yendo los dos en automóvil.

—Sin embargo me divierto, padre; y así supe divertirme siempre por allá.

—¿Siempre?

—¡Siempre! Como que ni fuí allá ni allá me enviaste tu a divertirme sino a formarme. Hice lo que me dijiste. Aquí, pues, no tengo razones para deshacer la obra de tus planes y, con ellos, mi propia formación.

—Bien está. Y ¿qué piensas para lo porvenir?

—Vivir a tu lado.

—¿Haciendo qué?

—Quererte y obedecerte.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco?

—De modo, entonces, que tú has vuelto solamente porque te lo mandé.

—Ya te lo decía en mi carta.

—Sí, pero...

—Pero todavía no me has entendido, padre... No te apures; ya me irás entendiendo!...

"No se relaciona apenas; no trasnocha; no parece estar enamorado, pensaba el viejo. ¡Este hijo mío, cómo me le han vuelto por allá!..." Y, en alta voz:

—Francamente, Fernando, ¿te encuentras bien aquí?

—Estoy a tu lado, con que calcula!...

—No; yo no me refiero a eso, me refiero a la ciudad, a esta vida...

—La ciudad esta y mi vida eres tú, padre. Fuera de tí todo me despreocupa. Vivieras en el centro del Chaco o en un picacho de la Cordillera y bien me hallaría a tu lado.

Una larga pausa.

—Dime, hijo, ¿has dejado novia en Europa?

—No.

Y fué tan seca la respuesta y se miraron padre e hijo tan recia y noblemente, que la conversación se detuvo para no volver a reincidir en la materia aquella tarde.

De sobremesa, un mes después.

—Fernando, hijo mío, permíteme decirte que eres un perfecto aristócrata para todos menos para mí.

—Es posible. Y contigo ni debo ni puedo serlo porque tu sangre es la mía.

—De donde resulta, entonces, que también yo soy

aristócrata!... No me hagas reir, Fernando!... Pero, hombre, ¿no sabes lo que fuí? ¿Has olvidado lo que cien veces me oiste relatar: cómo llegué a estas tierras y cómo salí de aquéllas; lo que fué mi vida y por qué caminos he alcanzado a ser lo que soy o, mejor dicho, a tener lo que tengo?... ¿Te parece a tí que comprando y vendiendo granos, tierras y hacienda se adquiere aristocracia?... Lo que se adquiere, ¡y gracias! es dinero. Vamos, ¿qué dices?

—Digo que te he dejado hablar, sin interrumpirte, para poderte argüir mejor. Y has hablado tan a conveniencia de mis argumentos que no hay más que pedir. Ahora permíteme hablar a mí largo y tendido...

—¡Habla, habla!...

—Que tú no te tengas por aristócrata y que lo seas o no, cosas son que trataremos más tarde. Por lo que a mí, personalmente, se refiere ¿vas a poner en tela de juicio mi derecho a crearme la vida tal y como yo la quiero?

—Pero ¿se puede saber dónde tienes los blasones?

—No lo sé, pero no me preocupan. Y oye ¿dejará una merecancía, — ya ves que hablo tu lenguaje — dejará una merecancía, repito, de ser, por ejemplo, de seda pura porque le falte la etiqueta que lo diga?... Lo triste, lo deplorable es que, perdida la etiqueta, pretendamos que todo ser perdió con ella. Y ese es tu caso.

—Sí, sí, hijo; cosa vieja es entre castellanos viejos esa de descender en línea directa del mismísimo Cid Campeador!...

—No te chanzées y sigue escuchándome: yo marché a Europa, a España hace cinco años, y hoy cuento veintiseis. ¿La educación que aquí me diste? excelente. ¿Mi vida desde que salí de las aulas hasta que me embarcaste? lamentable; gastar mucho y en tonto, crearme fama de feliz y elegante por adinerado; verte satisfecho porque tu hijo "alternaba" con los hijos de quienes, a tu parecer, eran más que tú. Cierto, bien lo sabes, que nunca me encanallé y que, sin duda por ello, amén de mi fortuna, me buscaron y me buscaban tu tan buenos "partidos": pero cierto también, al fin y a la postre, que de aquellos años de vida no hay modo de sacar más que vanidad y humo. Un día, siempre anheloso de hacerme competir con los que más brillaran, me brindaste la ida a Europa como coronación de mi hombría y de tu orgullo paternal. Confiésalo: este viaje no tuvo otro objeto; me enviaste allá como pudiste comprarme un automóvil más; tu hijo no podía "presentarse" enteramente a gusto tuyo en la "buena sociedad" sin eso; por darte a tí mismo el gustazo de leer en los grandes diarios la noticia de mi salida y, luego, la de mi reciente arribo, hubieras llegado hasta vender la mejor de tus fincas.

—Verdad es! Y ¿qué?

—Que allá me fuí y que sin pensar en ello tu ni presentirlo yo, el resultado es este que ves, bien contrario o cuando menos bien distinto al que esperabas: no me reincorporo a la vida que llevé, no reingreso en las filas de la "crema", no aprovecho mi situación... Tu vida de negocios me repugna... ¡Y a esto lo llamas tú mi aristocracia!... Déjame reir a mi vez!... Ya sé que no me criticas porque huyo de la disipación elegante, pero sí porque me separo de la "flor y nata", porque no te retribuyo, en frutos de "high life" el dinero que, para eso, te he gastado. Pero ¿es, por ventura, peor mi modo de ser actual que ese otro?... ¿Sí o no?...

—Hombre, eso no!; pero...

—Pero tu no estás contento; tú no me ves "lanzado" y en candelero, tu no gozas, como quisieras, oyendo decir de mí!... Y sonríes irónicamente pensando en que todo mi aristocratismo no vale, en sustancia de "gran mundo" lo que un solo "escándalo social"... ¡Qué quieres, padre!: he dejado de ser vulgar y no quiero dejar de ser rico. Para ser literato carezco de dotes; para ser político me falta patriotismo; para ser vicioso y gozador me sobra esta mi nativa seriedad y para tomar tus negocios en mis manos... he vivido demasiado tiempo en Europa. Aquí soy un inútil para cuanto no sea quererte.

—¡Justo! Y te estás muriendo de ganas de volverte a Europa, ¿verdad?

—En efecto. Hoy por hoy no veo otra solución a mi conflicto.

—¡Vaya por Dios, hijo! Pero, en resumen, ¿qué es lo que te disgusta de esta vida?

—Todo, toda ella. Si esta ciudad fuese América ¡quién sabe! Pero ¿es América esto? Para mí no. Esto es América para los que vienen a hacer fortuna y a mí me sobra; para quienes hacen granjería de patriotismo y, en el fondo, lo son tan poco como yo para los que dicen patria y entienden cofre-fuerte... para cuantos no han ido allá...

—Te exaltas, Fernando!

—Sí, me exalto... Tú mismo, padre, no me has inculcado amor a esta tierra porque ni naciste ni te criaste en ella; y si bien es verdad que tampoco me enseñaste a amar la tuya, me has enviado a ella sin pensar en que ibas a realizar en mí obra sentimental olvidado de que no en valde mi madre y tú me dieron con la vida, la raza, nuestra raza... Y esta raza que, de lejos, apenas hace vibrar sus acentos en el corazón de los que de su vieja cuna se alejaron o de cerca, una bellísima, una incomparable, una sencilla divina fascinadora!

—Eres más español que yo, hijo mío!...

—Sí, sí, mucho más, enormemente más. Y si ello te duele, es culpa tuya; y si por ello te alegras no entiendo tus protestas y temores. Tal como me veo obra tuya soy!... Dime sinceramente, en todo caso que te has equivocado...

El viejo Villegas pensó mucho en todas estas confesiones durante los días que siguieron, y si bien era hombre vulgarote, macizo y de cultura negadiza poseía regular clarividencia de la vida y cierta sutaneciosa astucia. Por eso, volviendo a las andadas dijo a Fernando de pronto:

—Bueno, hijo, volviendo a "tus cosas", ¿qué harías si yo no te retuviera?

—¿Por qué esa pregunta?

—Porque me duele ya más de lo que quisiera creas tú, verte tan desazonado. Repito, ¿qué harías

—Quieres que te lo diga en seco?

—Sí, dilo!...

—Marcharme.

—¿A España?

—A tu pueblo!...

—¿A mi pueblo?

—Ni más ni menos: acuérdate de que en él has vivido unos meses, en la casa en que naciste, frente a la humilde iglesia donde te bautizaron, cerca del cementerio de los abuelos... ¡Oh, padre, padre Aquel pueblo gris, pobre y polvoriento cuyo recuerdo, cuyo regusto vivo me persigue!... Tu no puedes comprender estas cosas; tu eres un hombre de acción y yo soy un hombre de meditaciones. Tu eres el cuerpo y yo el espíritu de tu raza.... materialmente americano, soy espiritualmente español. A ti te pasa lo contrario.

—No te falta razón!...

—Si es que me sobra!... Y no vayas a creer que esta parrafada es puramente declamatoria. Estoy hablándote con el corazón en la mano, con el entendimiento sereno. Y puedo decirte, juraste, que por más que busco no hallo más motivo que tú mismo para quedarme aquí: estas costumbres, este ambiente, esta vida me repelen; son indigestos para mi estómago espiritual. No discuto, no critico: me quejo.

—Entonces, tu vida es un martirio aquí?

—No, martirio no: es como si me encontrara de paso en una ciudad donde hubiera un solo hotel y el tal hotel no me agradara. Claro que para remediar este mal no habría más que dos caminos: marchar de la ciudad o poner en ella casa propia... Porque insisto en que el país no es; es la vida que en él hago. ¿Me entiendes?

—Te entiendo tanto, que te ruego suspendamos aquí mismo esta conversación.

—Como gustes.

Y aquella misma noche, mientras pugnaba por conciliar el sueño, acabó por decirse el viejo Villegas:

—No hay que darle vueltas y no hay que darle vueltas: lo que necesita Fernando es casarse y casarse aquí!...

Y sonriendo ante la solución luminosa, se durmió plácidamente.

No convenía en sana estrategia revelar el plan al enemigo.

"Fernando, pensaba el viejo, ha de tener en cosas de mujeres un criterio semejante al que le guía en todo lo demás: criterio aristocrático... No es cosa de preguntárselo porque me descubriría el juego. Debo, pues, sin que lo note, acercarle a una muchacha... pero de las buenas, buenas! Pero ¿cual, Dios mío, cuál?"

De aquí que Fernando notara que su padre comenzaba a cultivar viejas y casi olvidadas amistades; que el vecindario consumía buena parte de sus horas; que a la casa paterna llegaban gentes "bien". Y, discretamente, secundaba las nuevas aficiones de su padre, pero sin entusiasmarse por ello. Gozaba por de pronto el viejo viendo al hijo admirado y querido por cuantos entraban en la órbita de su trato, echando de ver, en cambio, que ninguna muchacha — ¡y cuidado si las había admirables! — le detenía la atención tanto como de esperar fuera.

"Entonces, se dijo nerviosamente, ¿qué demonios quiere este muchacho?"

Y aprovechando la veranada, invitó a Fernando a irse a una de sus estancias del Sur. Aceptóle el hijo el envite gozosamente; preparóse un viaje exquisito; fuéronse ambos y regresó a la ciudad el viejo por culpa de los negocios.

La otoñada llegó pronto. Fernando decía a su padre en una carta:

"No pienso regresar hasta la próxima primavera. Y es que aquí me encuentro tan bien hallado que no te lo sabría contar ni creo que me habías de entender por que eres, espiritualmente, muy distinto de mí. Respecto a este particular bien lo prueba tu fuga de estos lugares no bien casi los pisaste. ¿Ves en ello otra prueba bien clara de que tú eres el irremediable negociante y yo el inconvertible meditador?... Y si yo te contara cuáles son aquí mis meditaciones!...

Mira: esta mañana he hablado con Tomás, el indio viejo que, de niño, recorrió estas tierras donde la estancia se enclava, cuando ellas eran de su padre. Este indio me ha contado la historia de tu labor aquí: cómo tu fuiste quien sacó de la vieja aridez esta grata riqueza. A caballo, con él, he recorrido cuanto tú, hace treinta y cinco años, cabalgaste demarcándolo; y me he complacido en estas dos cosas: en ver tu obra magna y en oir decir que fué buena, como tú lo eres.

Mis sensaciones, siempre, han ido siendo semejantes a las que recibí en tu pueblo de Castilla: aquí obra tuya todo, allá obra de tus antepasados. Pero la raza, aquí y allá, vibra en el aire para mí. Y rebotan sus pujanzas y arrestos desde este suelo sin historia, como desde aquel empapado de tradición, hasta la silla de mi caballo. Y yo respiro el aire de esa raza tuya a boca llena: allá perfumada de leyendas, aquí henchida de futuro. Mirándome a mí, mirando la sombra de mi cuerpo y la del caballo proyectarse azul sobre este suelo, como la tuya se tendía cuando yo no había nacido, he sentido, aunque confusamente todavía, la voz de esta tierra joven, lo mismo que sentí, tan clara, la voz de aquella otra, vieja: voces ambas del mismo sonar, de igual timbre, de idéntica dulzura... Sensación — ¡oh, qué intraducible aún para mí mismo! — compleja, profunda: allá era como el añoso tronco que dió sombra a cien generaciones; aquí el verde arbusto que aguarda no sé cuantos siglos de pujanza... Pero son un árbol mismo y hasta por decirte estoy que en la misma tierra viven: llanuras éstas como las de Castilla, ríos como los de España, sierras encapuchonadas de nieve; con esta diferencia: estas montañas son montañas vivas y bien lo dicen por la voz de sus volcanes; aquellas son montañas muertas y lo dicen por el silencio de las ruinas de sus castillos roqueros!...

Aquí me estaré, padre, todo el invierno. No espero tu visita porque te conozco; espero nada más que tus cartas."

Triseó el corazón del viejo a la lectura de estos renglones. Y con la imprudencia gozosa del enamorado que quiere precipitar un sí de amor, escribió al hijo, a vuelta de correo, entre otras cosas:

"...Pero ¿piensas mucho, todavía, en Europa?"

Y más adelante:

"¿No te parece que ahí, solo, no puedes estar bien cuidado?..."

A lo que recibió esta feliz respuesta:

"No me encuentro aquí tan solo como ahí me sentía, a pesar de tu compañía. Por admirable y delicadísima manera, me siento tan a gusto de mi modo de ser y de pensar que no echo de menos, sino a ratos, esa Europa donde naciste y donde tanto miedo te da verme volver. Lo que me está sucediendo es sedante como una franca convalecencia o como un gratísimo despertar. Tranquilízate, no me voy a Europa, no estoy mal cuidado, mi salud es de hierro, mi vida de paz. Tranquilízate."

Fuésele la tranquilidad al viejo Villegas no bien lo supo; y tan de buena tinta era el informe que ni había manera de ponerle en tela de juicio ni, por consecuencia, resquicio por donde tomarlo a broma.

"¡Véase el aristócrata y el refinado, pensaba, el ultraeuropeo de mi hijo, con qué nos sale ahora!"

Y tomó la pluma para verter en una carta toda su dolorosa ironía. Mas como notara que se quedaba corto, decidió marchar a la estancia, dispuesto a todo, para poner coto al disparate.

Llegó y recibióle Fernando con cariños de hijo y cortesanías de hidalgo. Encontróle Villegas más ahombrado y gran señor de lo que le sabía e imaginaba; y antojósele que la presencia de su hijo en la estancia lo había transformado todo, hasta el punto que la propia casa le parecía extraña, tal estaba de señorialmente acomodada. Sintióse de ello honrado y satisfecho, pero, caídos ya los primeros pujos de su indignación, no se atrevía a abordar el asunto peligroso. Así, anduvo torpe y cohibido, medrosillo y cortado, como pretendiente pobre en antesalas. Notólo Fernando y se lo dijo con franqueza, animándole a su trentrén, invocando con reflexiones agridulces su buen humor de siempre, chanzeándose de "estos buenos plebeyos enriquecidos que resultan más tiesos y espetados que caballeros de nobleza rancia no bien sacan los pies de su casa aunque sea para entrar en un zaquizamí":

—¡Vamos padre, declara de buen grado que no esperabas nada de esto!... que creías encontrarme muy otro, que nunca supusiste nada bueno de mis aptitudes de conductor de intereses... Ya estás viendo aquí, ahora, que más reñido anda tu comercialismo ciudadano con la verdadera vida que todo mi superior y casi apergaminado aristocratismo.

—Sí por cierto, respondió el viejo; bien anda esto y bien te encuentro a tí. Pero lo que no acerté a entender hace unos días y, ahora, aquí, entiendo menos que nunca, es algo que me han dicho, que me ha movido a venir a verte, Fernando, que...

—¿Cuál?... ¿mi boda?

—Sí, sí, hijo; tu boda.

—¡Ah, ah! y ¿por eso, sin duda, todas tus cortedades y atontamientos?... ¡Temeroso de mí!...

—No sé si corto y temeroso o sencillamente asombrado. Ven acá, Fernando, ¿es posible que tú te cases?...

—Pero ¿no eras tú mismo quien me metías por los ojos tanto "buen partido"? ¿de qué te asombras ahora?

—Es que... ¡de aquello a esto!...

—¿De aquello a esto?... Si no te moviera, padre,

el mal entendido cariño que ahora te ciega, cree que esa comparación me alteraría y no poco. Pero te debo explicaciones. No sé en verdad si me vas a comprender como de desear fuera; pero si tal acontece yo te aseguro que has de abrazarme satisfecho y he de quedarme yo tranquilo. Te advierto, eso sí, que es asunto decidido, inevitable, contra el cual han de estrellarse tus argumentos y hasta tus propias órdenes.

—¿Sí?... ¡Bueno está!... ¿Y si yo?...

—¿Si tú me echaras de aquí?... Abierto tengo el camino de Europa! Elije!...

—No hemos de llegar a tanto, hijo mío. Pero repara, Fernando en que... ¡vamos!... ¡con una india!...

—Con una mujer, padre, con una mujer. Y ¿ves ahora quien saca a relucir aquellos blasones?

—Es que hay cosas!...

—¿Te parece que no discutamos?... Sí, va a ser mejor y más breve. Escúchame: yo no quiero hacer la apología, el panegírico de esa mujer que será tu hija, que te dará nietos, que perpetuará nuestra raza, tu dinero y mis refinamientos. Quiero decirte, en sustancia, cómo he llegado a elegirla, porque quiero unirla a mí, fundar con ella mi casa, fijar mi centro... Porque debo advertirte para que lo tengas muy en cuenta que no me lleva una pasión carnal ni paso por el casorio a la fuerza como único y último camino de posesión femenil. Y voy a ser tan claro, y despojaré mis palabras de sabor de novela de tal modo, que espero me has de seguir bien. Pero iremos cenando, si te parece!...

Y mientras comían, en la dulce intimidad del yantar tranquilo y sabroso, dijo Fernando:

—En rigor, mi proceso es complicado. Te hablé en varias cartas de esta voz de mi tierra que con acentos y sonsonetes castellanos me llamaba. Y tan bien la escuché y con tanto placer la presté oídos, que muy pronto la amé, sin duda más porque tus sudores la regaron que porque en ella se vertieran mis primeras lágrimas. Esta tierra, pues, era en definitiva, más inmediatamente mía que la tuya; yo ocupaba con respecto a tí la misma posición que tú con respecto a tu padre; sólo que tú abandonaste lo que conocías y yo pretendía alejarme de lo que ignoraba. Pero no pienses en que esta voz se dejara sentir para mí en la ciudad, porque repara en que esa ciudad ha ahogado tu españolismo sin infundirte americanismo, hasta el punto que hoy por hoy, desde hace mucho tiempo, no tienes internamente patria alguna y eres, sin saberlo, por la fuerza de las cosas, un prototipo de ese hombre internacionalizado que la escuela socialista busca... Amé, repito, a esta tierra y sentí nacer en mí, andándola de sol a sol y bajo las estrellas, una idea concreta, real, tangible de patria; como debieron sentirla los primeros hombres. Patria pequeña que comenzó en hogar, pasó por finca, permedió en región y dió en territorio. Esta estancia fué mi primera patria de hace meses; ahora es el país. En este camino de evolución amplificadora que no recorrí porque le buscara sino que se me ofreció naturalmente, he topado —porque la vida no es teoría filosófica — con puntos de referencia, con motivos concretos; como el músico que siente, allá dentro de sí, un grato sonar, una dulce tonada y va, poco a poco, ante el pentágrama, dándole formas musicales. ¿Me vas entendiendo?

—Sí, del todo. Es como quien ve un negocio al final de una serie de operaciones, y va tocando teclas y sacando registros hasta dar el golpe final.

—Exactamente; si bien tu ejemplo es bastante más prosáico que el mío.

—Yo soy así, hijo.

—Y yo, como me ves. Pues bien: en este camino de la elaboración personal de mi concepto de patria (y no puede seguirle efectivamente quien no se acerque a la tierra) el concepto de familia fué mi primer jalón. No basta la razón material de la patria, es necesario la razón sentimental; ni a esta cumbre en que la idea de patria vive puede llegarse de un salto, de un aletazo: hay que faldear.

—Oye: ¿dices con segunda eso de faldear?

—Tu se la estás dando y yo lo acepto que así abrevio mi perorata. Hay que faldear, sí, y a faldear me puse. No necesito decirte que, en ello, procedí como suelo: deseando acertar, lleno de buena intención, pidiendo a un Dios en quien no sé si crees, pero a quien yo siento siempre en mi torno y dentro del alma, que me condujera de la mano, como el padre al pequeñuelo... Tú, padre, no podías tendérmela!... ya sabes por qué...

—Sí, sí!... continúa!...

—Y me condujo hacia una mujer ideal.

—Ba!... Todos los Quijotes dicen lo mismo de sus dulcíneas!...

—Me tienes, entonces, por un loco o un visionario!...

—¡Sigue, hijo mío, sigue!... ¡acaba!...

—Una mujer a mi gusto si no quieres que la llame ideal. Pero ¿no has reconocido mil veces que mis gustos eran exquisitos?

—Los gustos que te conocía!...

—¿Y este no?... ¿Por qué?... Te asusta la palabra "india" y no piensas en que es de la misma calidad que la palabra "europea" y tal vez de mejor hilaza que la misma palabra "americana"!...

—¡Eh!... ¡alto, alto! Te advierto que lo mismo me hubiese extrañado saber que cortejabas, por ejemplo, a una labradora de mi pueblo.

—¡Ah!, entonces lo que te asusta es la "posición", la riqueza; dilo de una vez: la clase. Y ¿cuál clase es la tuya y cuál la mía, si se puede saber? ¿No llegaste aquí pobre, más pobre que quien más lo sea? ¿Quién, entonces, es aquí el aristócrata?... ¿Tú o yo?...

—¡Repórtate, Fernando!...

—Pero ¿no notas que constantemente te empeñas en medirme por el rasero común?

—No siempre es malo lo común, hijo!...

—Lo común, lo vulgar es siempre detestable; lo popular no. Del vulgo nacen los imbéciles; del pueblo nacen los caballeros!... Yo, que por tal me tengo, del pueblo nací!... Cuanto más que nos estamos perdiendo en estériles distingos. Oyeme otro poco más si quieres oirme.

—Pero ¿es guapa esa muchacha?

—No hay mujer fea para quien la quiere. María, que así es su nombre es, para mí, guapísima. Mañana la verás.

—Sí, hijo, sí. Y dejemos este asunto. Es tarde ya.

Y salieron, hoscamente, del comedor.

"De acuerdo con tu telegrama de ayer, decía Fernando a su padre en carta, un año después, os esperamos a María y a tí de hoy en quince.

Excuso decirte con qué emoción os aguardo: a tí porque te veo dichoso, a ella porque la quiero y la quieres tú. Ahí te la llevaste para "pulirla" en ese colegio de religiosas; y según tú y ellas y lo que de la bondad y listeza de esa india querida podía esperarse, me la vais a traer "civilizada"... No pongo la palabra esa entre comillas por ironía: ya sabes cómo estuve de acuerdo contigo cuando me dijiste, con tu práctica de la vida, con Cervantes y con el buen sentido, que la esposa ha de ser también y además, adorno y joya. Diamante se fué y brillante vuelve... Repito que no sé decirte la emoción con que os aguardo."

Por el mismo correo:

"Hasta hoy, desde que te fuiste, queridísima, mis cartas fueron solamente de amores; y las tuyas de amores también. Por éstas, amén de tu cariño, conocí tus progresos y supe ir entendiendo que eres tan hermosa como buena y tan inteligente como discreta.

He aquí, pues, María, mi última carta de novio; y va a ser ella, por obra de mi manera de quererte y de entender la vida que nos aguarda, larga más que ninguna de las otras y muy seria, muy seria.

A tí, en efecto, que eres la única que debes comprenderme más que nadie, quiero decirte ahora no ya lo que te anhelo, que esto de sobra lo alcanzas, sino lo que de tí, fuera del amor, espero. Antes de unirnos para una caminata que durará hasta que uno de los dos se vaya, debo explicarte cómo y por donde vamos a ir. Ya sé que tú me seguiras obediente, puesto que eres enamorada, pero eso no basta ni para tí ni para mí. Para tí porque no te quiero solamente por hermosa ni tú te contentarías con ser mi "amante legal"; para mí porque he fundado en tí, desde que empezé a pensar en que habías de ser mi esposa, unas esperanzas que han de convertirse, si te empeñas y me sigues, en dichosas realidades.

Tu misión en nuestro hogar futuro te la han enseñado ya, teóricamente, de fijo, esas buenas madres, y, prácticamente, te la irá enseñando la vida. Pero hay vida fuera del hogar y en ella, aquí, quiero tenerte por colaboradora y compañera. De quedarnos a vivir en esa ciudad — cosa en que no pienso y bien lo sabes — esta carta no tendría razón de ser. Pero tú vuelves aquí, al campo que te vió nacer, donde te conocí y te amé: el campo de tus abuelos, de tu raza; este campo al que amo tanto que en él arraigo y de él tomo para alegría y bienandanza de mi porvenir, la flor más bella: tú.

¡Vida de hogar afuera, vida de ejemplo, vida de relación!... Mi fortuna, que ya es tuya, es el escalón que me encumbra entre estas gentes y por donde, aupada por mi amor, subes tú para colocarte a mi lado. Si, materialmente deseciendo para luego elevarte, espiritualmente me pongo al nivel de los tuyos para elevarlos después. No podría contentarme con haberte elevado a tí sola en provecho de mi amor y mi egoismo; por eso, como primer paso, paso fundamental en el camino de esta misión que me he impuesto, mi labor continuada desde que vine, desde que te fuiste, cuyos frutos de salud apuntan ya por numerosas y gratísimas yemas. Me estoy acercando día por día a la tierra porque este es el camino de la paz social; y al casarme contigo me acerco tanto que es lo más que humanamente puedo ya que, en nuestros hijos, incorporaré mi raza a tu raza.

En esta labor no hay ni debe haber para tí un simple papel pasivo; puesto que, en suma, eres la representación, el símbolo, la síntesis de la raza original, puesto que a tí voy y contigo haré uno solo; puesto que, al verme proceder así, dicen los que no quieren entenderme que abdico de mi "concepto social", imagina qué altísima importancia te atribuyo!...

Y es que en verdad hay en tí, para mí, dos aspectos: el personal y el colectivo. Con el primero te tomo a tí; con el segundo me abrazo a tu raza. Y estos dos aspectos, se confundirán, de hogar afuera, en nuestra dualidad social.

Pero ¡cómo estaré, de seguro, fatigándote con estas mis filosofías!... Pero tú, queridísima, lo sé, las estás leyendo emocionada, sintiendo ya todo lo que tiene de hermosa tu misión junto a mí. En mí querrás a mi raza como yo en tí quiero a la tuya; y ambos, más tarde, cuando Dios lo quiera, querremos a *nuestra raza*. Ya lo ves: yo no hago con los tuyos lo que con tus abuelos hicieron mis abuelos; yo no los alejo de mí ni los persigo en nombre de una civilización mentida. Yo no les doy, como único espíritu de mi raza, el espíritu de vino!... No: contigo del brazo, a través de esos campos pasaremos por entre gentes felices. Y es que estoy firmemente persuadido, en último término, de que en ese colegio donde te llevaron a "europeizarte" nadie habrá osado decirte que nuestra piel blanca encubra por su propia y sola virtud una raza mejor, más digna que la que encubre vuestra piel morena!..."

De esta manera halló, por fin, Fernando Villegas, el patriotismo que buscaba, la patria que no veía.

Andando años y naciéndole hijos llegó a la madurez, siempre metido en las vastas estancias del Sur, donde una ancha paz le sonreía.

Dolíase eso sí, muy a menudo, viendo, leyendo y palpando, de cómo los grandes terratenientes sus vecinos disipaban por la ciudad y por Europa, pero siempre lejos de la tierra, los caudales que les enviaban los administradores rapaces, sin notar que iban tintos o en sangre o en lágrimas.

La última vez que ví a Fernando Villegas, fué un domingo otoñal, cerca ya del ocaso, con su mujer, sus hijos y sus hombres, a caballo todos, en los bordes de un lago de transparentes y fresquísimas aguas. El paisaje, en aquella hora solemne del atardecer, rojos de sol los picachos nevados de los Andes, violeta la lontananza, muda la llanura, caído el viento frío, era un paisaje ingenuo, primitivo, pastoril; como esos paisajes holandeses que sirven de fondo a las pinturas flamencas de asuntos evangélicos.

Antojóseme de pronto ver en Villegas un rey entre vasallos o un patriarca entre deudos. Se lo dije, y sonrió largamente al oirme. Luego, irguiéndose sobre los estribos, tendió el brazo hacia el horizonte y contestó con voz pausada y sonora.

—No he hecho más que crear patria y raza!...

Sonrió de nuevo hacia sus campos, hacia su esposa, sus hijos, sus servidores y picó espuela al caballo.

Todos le seguimos, en silencio, hacia la estancia.

E. Zuloaga.

Alemania debe ser vencida

III

Política y cultura

La idea de civilización no comporta forzosamente las de superioridad en población y de adelanto material y la máxima cultura es compatible con la pequeñez del territorio y con las costumbres frugales. Los partidarios de Alemania — quiero referirme a los sinceros y no a quellos que solo desean el triunfo de los poderosos ejércitos de ultra-Rhin como un medio de afianzamiento de los sistemas absolutistas de gobierno — parten de un concepto falto cuando se dan a fantasear sobre la ciencia y el arte teutónicos. Confunden el prodigioso proceso acumulativo que ha llevado la industria y la técnica alemanas a imprevistas cimas, con la alta civilización. De otra parte es este un fenómeno de espejismo intelectual muy común en esta época en que el criterio comercial domina el mundo.

Después de Hegel Alemania no ha vuelto a dar un filósofo universal, ha dicho un escritor americano, y esta es la peor acusación que se puede lanzar al rostro de los germanistas. Es que la Alemania actual, unificada y disciplinada bajo el dominio de la casta militarista, en lo material y de la subcasta de los "sabios" materialistas en lo moral, no es como se pretende la continuadora de los antiguos principados y ciudades libres del siglo pasado. Bajo los colores siniestros de Prusia se ha agostado el alma poética y dulce de Baviera y ha callado el espíritu cristianamente libertario de la heroica Polonia. La diversidad y la variedad, que según el concepto spenceriano son signos de la superiorización humana, tanto en lo individual como en lo colectivo, no cuentan para nada en el pensamiento de esta Alemania, cuyos valores más altos se resumen en el emperador, ese Napoleón sin genio que en lugar de llevar la libertad con sus ejércitos, es conductor del desastre y la muerte para luego sembrar sobre las tierras yermas el comercio alemán.

La otra Alemania, el poético país de los cantares de Heine, florecida de filósofos y de poetas, ya no existe. En cambio desde el 70 los pueblos de Europa han debido soportar la vecindad peligrosa de la nueva, con sus exaltados anhelos de predominio y de ganancias.

Ahora bien. ¿Cuáles son los méritos culturales con que este país pretende haber ganado el derecho a la dirección del progreso humano? ¿Cuál es en rea-

lidad la importancia de su ciencia y de su capacidad de civilización?

He historiado brevemente en el capítulo anterior el desarrollo de su política interna y externa en los últimos años y voy ahora a referirme primero a su cultura y luego a los resultados que una y otra han rendido en la presente guerra.

La ciencia alemana es, desde luego, hija de la ciencia latina. Lo propio pasa con el arte. Centenares de siglos antes de que en los territorios que comprende el imperio germánico, se hubiese empezado a balbucear el a b c de los conocimientos, existía ya la civilización helénica, que junto con la sabiduría religiosa generó directamente a Roma, la madre eterna de la latinidad.

Los germanos tomaron de ésta algunas nociones de derecho y filosofía, al mismo tiempo que dulcificaron en parte sus costumbres salvajes en contacto de los pueblos conquistados. Pero la verdadera cultura alemana no data sino de pocos siglos, y si descontásemos el esfuerzo aislado de algunos de los grandes filósofos y humanistas de que ha sido cuna, la cifra de siglos se reduciría considerablemente. De esta manera, resulta que los pueblos latinos representan una cultura de miles de años, frente a la cultura alemana, que sólo data de pocos siglos, pudiéndose deducir lógicamente que su concepto de la vida y sus costumbres debe ser más evolucionado. Esto será demostrado al encarar los sucesos de Bélgica y de Polonia.

En lo que respecta al conocimiento, comprendiendo en este término la ciencia total, nadie podrá objetar que el espíritu creador, que constituye el ápice de la cultura humana, reside hasta ahora en los países de origen latino o latino-sajón. Para concretar, a fin de que los espíritus superficiales que tanto admiran la industria alemana — la industria y no la ciencia — no me acusen de divagador, tomemos aquella de las ramas científico-mecánicas en que los profesionales germánicos sobresalen: la mecánica. ¿Son ellos los que han creado los instrumentos y útiles de que tanto nos envanecemos en este siglo que promete someter totalmente la materia a la inteligencia humana? La bicicleta es creación latina, el automóvil es latino, y el telégrafo sin hilos, el submarino, el aeroplano son también latinos. ¡Sin embargo, debe de ser en Alemania donde se fabrican más bicicletas, automóviles, aeroplanos y submarinos!

Generalizando, obtendremos como resultado que en todas las ramas de la ciencia, tanto de las políticas sociales, como de las naturales, ocurre lo mismo. Y no puede ser de otra manera, ya que el método experimental y el positivismo científico, que han hecho adelantar en medio siglo, a algunas ramas del conocimiento, más de lo que habían adelantado en mil años, son hijos del genio galo.

Dueña la cultura latina del espíritu creador, ha podido soportar victoriosa durante largos años la guerra abierta o solapada, según los momentos, que le han llevado los propagadores del germanismo. Y aun después del 70, a pesar de la enorme superioridad material que el triunfo de las armas proporcionó a Alemania, los pueblos siguieron considerando a Francia como maestra de civilización y de cultura. Empero, el espíritu alemán, agresivo y dominador, quiso hacer por la fuerza lo que no podía por la persuación y el mismo militarismo nacido en vista de la grandeza material de Alemania debía servir en adelante para imponer la cultura alemana al mundo entero. Desde ese momento, la ciencia y el arte alemán descendieron o, por lo menos, quedaron estacionarios, y sus cultores, regimentados al par de los soldados, pasaron a ser una subcasta, como he dicho al principio, dentro de la casta dominante de Alemania. El libre examen y la independencia espiritual no existen ya entre los "sabios" y profesores de aquella nación. El gobierno de las entidades abstractas y de las cosas es un hecho efectivo en ese pueblo de idolatras y de fanáticos.

El resultado final de esta profunda transformación moral sufrida por un pueblo joven, que traía desde sus orígenes una gran voluntad de dominio, la cual vino a tener base sólida en el militarismo y el industrialismo exaltados, no podía ser otro que la guerra, la guerra que estamos viendo desarrollarse sobre todas las tierras y los mares del mundo y en la cual, los pueblos latinos y sajones defienden al mismo tiempo que las ideas madres de la cultura y las libertades elementales, en que se basa la actual civilización, el derecho a ser independientes y a seguir por la vía de la libertad y de la justicia, cuya meta más próxima parece ser la república social.

Juan E. Carulla.

La barbarie cuartelera

Una carta del soldado Romero

Ya cuando íbamos a entregar el número a la máquina, lléganos la carta que a continuación publicamos, para que la luz de esta terrible verdad trace su luminoso surco en las sombras de la inconsciencia que nos rodea.

Lo que dice Romero es una plena ratificación de lo que sobre el caso exponía la otra carta denuncia que publicamos cuando aun nadie sabía ni de los pormenores del suceso.

La inocencia escarnecida tendrá una vez más, en esta tribuna de todas las causas nobles, un firme punto de apoyo.

He aquí la carta:

Al director de "Ideas y Figuras", Alberto Ghiraldo.

En vista de que la revista que usted dirige ha sido una de las primeras publicaciones — por no decir la única — que ha defendido mi causa sin más interés que el de hacer triunfar la justicia, ruégole quiera dar a publicidad estas cuatro líneas, que entrañan toda la verdad de mi presente infortunio.

Como ya todos saben, soy conscripto y fuí incorporado — para desgracia mía— en el mes de Junio del año ppdo., como soldado en el 2.° de Artillería montada que opera en Campo de Mayo.

Al ser incorporado al cuerpo ese, destinóseme a la 2.ª batería, bajo la autoridad inmediata del sargento Atilano Parravicini y del cabo Gerardo Bravo.

Desde los primeros días, los susodichos clases dedicáronme abusivamente a la fagina de cuartel, desempeño denigrante en que me ocupé durante un par de meses, con honda pena y constante peligro, pues a lo rudo y desecado del trabajo se agregaba la perentoria insistencia de mis dos superiores nombrados, que me exigían les *robase* para ellos víveres y cigarros.

A esta altura de los hechos y en un excepcional día — para mí — en que salimos a hacer instrucción tuve la *suerte* de que moviendo una pieza de campaña, me hiriese impensadamente en un pie, motivo por el cual fuí transportado de inmediato a la enfermería.

Al ser dado de alta por el médico del ejército, mandóseme nuevamente a mi batería, tocándome formar en el pelotón a las órdenes del sargento, que enconado conmigo por mi resistencia a sustraer cosas en su provecho, y por mi revelación de tales exigencias a ciertos conscriptos, hízome preguntas sobre preguntas, sobre métodos y ejercicios que yo ignoraba por completo. Contestéle que no sabía nada de lo que me preguntaba, que recordase a lo que se me había dedicado constantemente y antes de todo que tuviese presente el mes que había pasado enfermo.

No sé lo que hubiera pasado si en lugar de estas razones le hubiera contestado con la energía que merecía. Por toda respuesta insultóme groseramente y castigóme de hecho, pegándome en la cara con los paños cerrados.

Por no responder a la agresión salí de las filas y presentéme en queja al teniente Pisano, que había estado presenciando lo ocurrido, quien ordenóme brutalmente volviese a mi puesto. Herido por los golpes, el desprecio y los insultos, retorné a filas, donde el sargento volvió a hacerme las mismas preguntas anteriores en tono soberbio y agresivo. El disgusto y la amargura me impedían hablar; quise contestarle y me ahogaron las lágrimas; el sargento interpretó mi silencio por insubordinación y volvió a abofetearme. Ante la repetición del injusto castigo, halló lógica recién mi solicitud el teniente Pisano y ordenó — ¿hubo en esta orden una oculta mala intención?; así lo creo hoy — pasara al pelotón que dirigía el cabo Bravo. Sabedor ya de lo ocurrido el célebre castigador éste, recibióme con insolencias, imponiéndome de intento instrucciones desconocidas e inquiriéndome datos técnicos que él, el sargento y todo el mundo sabían que yo ignoraba. Lo que pasó en mi batería se repitió en esta: se me puso de número 4 en el escudo del carro del cañón y no supe ni para qué lado dar vueltas. El cabo, díjome "que era una desgracia", "que me habían castigado porque era un infeliz" y que él me "iba a moler los huesos a palos". A poco de esto, lo mismo que el sargento, me atacó a golpes de puño. Le amenacé con quejarme al mayor del regimiento, y tras de unos feroces puntapiés dados a todo el impulso de la pierna, comenzóme a pegar en el suelo — había caído ya — con el machete envainado. Creí entonces que me iba a matar: sangraba del brazo izquierdo y mano derecha; la cabeza la tenía lesionada por todas partes; y fué en ese instante que respondiendo al instinto de conservación, saqué el machete y repelí el ataque como pude.

Supe luego que se me procesaba, que el cabo tenía una herida — leve rasguño del que *sanó* sin haber estado enfermo, tal era la herida, a los tres días — y que indudablemente sería condenado, pues mi delito *era enorme*. Nadie se acordó en tanto de mí, ni de mis heridas; preso y enfermo desde el primer momento, he sufrido en las celdas lo que jamás imaginé pudiera sufrir el hombre más criminal del mundo.

Pública es ya la bárbara condena que sobre mí ha caído. Se me castiga a presidio por no sé qué artículo inquisitorial que ampara al superior pese a toda la razón contraria. Mis heridores andan en tanto gozando de la más completa libertad. El defensor mío, a quien algunos diarios le han dedicado palabras elogiosas por su brillante actuación, me es tan desconocido como el pico del Himalaya. Jamás vino a verme: ni cuando fuí herido, para iniciar la defensa, ni cuando fuí condenado, para avisarme que debía morir en un presidio, en homenaje a la disciplina, que yo creí un día tan necesaria y tan justa...

La brillantez de esa defensa no ha alcanzado ha iluminar la lóbrega soledad de mi calabozo: tal vez sea yo demasiado exigente o desagradecido. ¡Quién sabe! Lo cierto es que estoy preso y sin ver a nadie. La pobre chacra de mis padres no tendrá más el premio de mi esfuerzo, del único esfuerzo que la hacía fecunda! El pan que se arranca a esos ancianos es un delito que pesa sobre muchos.

Yo espero siempre: no me ha hecho desesperar ni la traición de los conscriptos que amenazados de castigo por el teniente Espíndola, declararon en mi contra, faltando a toda verdad. Tengo o tuve en mi favor a los conscriptos Arguinsoni, Pachaso, Regino y Nunvari. Al fin veremos: mi dolor es mucho, pero la injusticia es más.

Dándole las gracias de antemano y esperando ceda a mi pedido, lo saluda amablemente el conscripto que abajo firma.

URBANO ROMERO.

Idealismo y realidad

I

En "La Protesta" de los días 7, 8 y 9 de Enero, aparecieron tres sendos artículos, en cuyo texto se hace referencia al publicado por mí en el núm. 120 de esta revista. El señor Ricard que los firma, roza algunos de mis argumentos, pero no contesta directamente a ninguno. Solamente tacha de falsa nuestra cita referente a que soldados franceses salieran del cuartel cantando la carmagnola. Podemos asegurarle que no lo hemos inventado; por más que en este momento nos costaría mucho trabajo fijar con exactitud fechas y detalles, tenemos el recuerdo claro de que hace pocos años, en un movimiento llevado a cabo en París, según creemos por la "Bolsa del Trabajo", el gobierno sacó a la calle algunos regimientos y los soldados de uno de ellos entonaron a coro la canción revolucionaria. Esto vino consignado en los telegramas de la prensa diaria, sin que se supiera después que se hubiesen ejecutado reprensiones violentas por ese incidente. De todos modos, lo que quisimos hacer notar es que el militarismo prusiano, tiene un carácter más férreo y brutal que el de las demás naciones, y eso ya lo reconoce el articulista de "La Protesta".

Es lamentable que, a pesar de expresarnos con toda claridad, no se nos comprenda, y no se nos comprende porque el trabajo mental de nuestros contendientes gira dentro del círculo estrecho del sectarismo.

Demuestra esto el prurito con que tergiversan nuestros conceptos, suponiéndonos ideas y principios diametralmente contrarios a los que sustentamos, y faltando cruelmente al más rudimentario sentimiento de justicia.

No de otro modo se concibe, que a una vida y una personalidad tan ejemplares como la de Kropotkine, paralela a la de los precursores más abnegados y sublimes que haya tenido la Humanidad, se le sospeche de mala fé, reprochándole su calidad de príncipe (a la que renunció humanamente) y haciéndole blanco de sátiras tan indignas como la de que: "Los gobiernos premiarán su conducta con un elegante distintivo de honor".

Puede suceder que Kropotkine, y Malato, otro de los hombres que más han extendido el espíritu revolucionario entre el proletariado, opinen erróneamente en esta trascendental emergencia, pero sospecharlos de mala fe, echar por el fango sus vidas de sacrificios, no cabe en ningún compañero consciente y leal, que sepa juzgar con serenidad.

II

El señor Ricard no hace más que reproducir una serie de argumentos, repetidos hasta la saciedad en las columnas de toda la prensa anarquista, como si se tratara de convencer a un neófito. ¿Por qué no ha tomado en cuenta las afirmaciones previas contenidas en nuestro escrito anterior?

En él decíamos que, "su argumentación es rigurosa y sistemáticamente lógica, la única que emplearon y sin duda emplean aquellos genios del socialismo revolucionario: *el militarismo existe en todas las naciones; todos los gobiernos son igualmente despóticos; como internacionalistas, la única guerra en que podemos tomar parte es la guerra social*".

El señor Ricard en forma *obésica* y nosotros en

forma *esquelética*, esto es, sólida, sintética, venimos a sostener las mismas afirmaciones, aprendidas, en cuanto a nosotros toca, en la elevada filosofía social de aquellos maestros, cuya conducta aparentemente contradictoria está hoy en tela de juicio. De esa conducta nos hacemos solidarios, en la íntima convicción de que servimos mejor al Ideal, porque interpretando más certeramente la realidad de las cosas y de los hechos humanos, más nos acercamos a convertir también en realidad ese Ideal de nuestros sublimes amores, no por lo que afecte directamente a nuestra microscópica individualidad, que de momento no ha conseguido otro resultado que el hacer más penosa la lucha por la existencia, sino por el secreto placer intelectual de vislumbrar el grandioso panorama de una Humanidad menos bestial que la que actualmente pisa el planeta Tierra.

La realidad no está en la renuncia de la personalidad; conformes. Pero, ¿qué entendéis por renuncia de la personalidad? Renuncia a la personalidad, el hombre que libremente, conscientemente, y si se quiere hasta filosóficamente por efecto de una elaboración cerebral propia, dirige su voluntad hacia un acto que cree bueno para él y para la colectividad? De ninguna manera. No queráis establecer dogmas, que resultarían más tiránicos que aquellos que dimanan de la Divinidad que combatimos.

Lo absoluto no existe. Todo está sujeto a la ley de relatividad. Absolutistas son los fanáticos de todas las religiones... y los fanáticos de todos los idealismos.

Decir que la civilización es una noción abstracta, equivale a decir que la anarquía es también una noción abstracta. Pero, negar la civilización en *absoluto*, diciendo que es impuesta por los poderes de la sociedad, es cometer un grave error. Cierto que la civilización no es completa, ni mucho menos; actualmente puede considerarse un estado aun incipiente, que determina las formas de relación entre los humanos, al cual, aparte de los llamados poderes públicos (elemento retardador), contribuyen diversidad de inteligencias renovadoras y grupos sociales independientes (elemento acelerador).

Socialmente hablando, no puede negarse que hoy el hombre y particularmente los que forman el proletariado, han subido el primer peldaño de la dignidad y de la libertad, que le ponen en condiciones de poder aspirar a su completa emancipación, al éxito definitivo, cosa que no aconteció tan sólo un par de siglos anteriores a nuestra época. A este estado general, social, llamamos civilización moderna, tan relativamente inextenso e incompleto como se quiera, pero estado nuevo que caracteriza una época histórica de la humanidad; la que se inicia con la gran revolución francesa.

Que los gobiernos no se esmeran para elevar la condición de los trabajadores y facilitarles el acceso a una vida superior, que es grande el número de analfabetos y de criminales, así como el atraso, la barbarie, la incultura en que vive la mayor parte de la humanidad; que hay mineros que pasan la vida sin ver el sol, etc., es una gran verdad; pero valerse de estos hechos para negar que existe un determinado grado de civilización, aun para los obreros, es acudir siempre a los términos absolutos, entender por civilización un estado paradisíaco, en el cual la humanidad haya terminado su ciclo de evolución, es no ver más que un aspecto de las cosas, el aspecto negativo, es por fin, llevar la confusión al campo de los conocimientos, exagerando los argumentos en detrimento de la verdad, que se enseña de un modo deficiente; es fanatismo. Si volvemos la oración por pasiva, hallaremos que si en las guerras actuales sucumben muchos seres inocentes por las armas y por el hambre, en las épocas anteriores no sólo sucedía eso mismo, más a menudo por ser aquellas más frecuentes, sí que en tiempo de paz sucumbían en la misma Europa pueblos y regiones enteras a causa de perderse la cosecha unas veces, y a causa de devastadoras epidemias otras, lo cual se ha evitado en gran parte por la entrada en acción del industrialismo y por la generalización de la higiene pública y privada, es decir, gracias a un pequeño aumento de civilización. En ninguna época como en la presente han existido tantos alfabetos, cuyo número, aunque paulatinamente, va aumentando en todas las naciones; hoy todos somos, poco más o menos, impedidos en el ejercicio de la libertad; antes, ese impedimento era total y aun más brutal. Jamás el proletariado obrero, la masa asalariada había promovido las manifestaciones de cultura que puede ostentar en la época actual. En las grandes capitales y en todos los centros industriales, suelen existir en mayor o menor número, ateneos, bibliotecas, sociedades artísticas, dramáticas, musicales, etc., formadas por trabajadores; es muy raro hallar en ellas analfabetos, relegados generalmente al interior de cada país, siendo lo más notable que no faltan oficios y profesiones cuyos obreros sostienen revistas técnicas para su adelanto y perfeccionamiento. Esto es un cuadro verdaderamente moderno.

¿Acaso no es un signo elocuente de cultura moderna, el hecho de que en todos los países *civilizados* se publiquen periódicos, revistas, diarios y exista una numerosa y notable bibliografía, para sostener los intereses del proletariado trabajando por su emancipación social, cuya redacción se debe en su mayor parte a obreros manuales? ¿En qué época de la historia ha ofrecido la sociedad un signo tan hermoso, revelador de que la humanidad ha entrado en una nueva faz, vislumbrándose la posibilidad práctica de que llegue al fin un día en que alumbre a todos el Sol de la Justicia?

Este estado relativo, incipiente, de civilización, eso primer paso hacia la Libertad y la Belleza social, sería ignorancia creer que se ha producido como por generación expontánea. A él han contribuído causas varias y complejas, la acción valerosa y tenaz de hombres de *élite* durante no pocas generaciones, dando por resultado positivo la implantación de poderes impersonales, el establecimiento del Estado pseudo-democrático, que a pesar de todas sus deformidades, es menos monstruoso que los Estados de régimen unipersonal y de derecho divino, puesto que por de pronto soporta una sociedad civil, que lleva en sí el germen de futuras transformaciones aeráticas.

La sociedad civil de los países democráticos — repúblicas o monarquías — está animada del Pensamiento latino. La sociedad civil de los países regidos por un delegado de Dios, está animada del Pensamiento germano.

El Pensamiento latino tiende a una finalidad de orden expansivo, humano, liberal. Lo prueban la mayor parte de sus pensadores y filósofos en cuyas producciones abunda un espíritu generalizador; su síntesis puede expresarse así: la civilización es de todos y para todos.

La distintiva del Pensamiento germano, manifestada por la generalidad de sus filósofos y pensadores, consiste en la superioridad que se atribuyen de raza privilegiada, su autoritasismo duro, férreo, rígido como las moles graníticas que forman sus monumentos arquitectónicos, la dura disciplina a que se someten en todos los órdenes de la actividad, la cual aspiran imponer al mundo; su síntesis puede expresarse en esta forma: todos los pueblos son imperfectos, la civilización ha de imponerla Alemania.

Una filosofía restringida, de raza, como la filosofía del pangermanismo, no tiene pareja en ningún otro país, ni en ninguna otra parte existe una uniformidad tan perfecta, una conciencia social tan sólida cual la que manifiesta el pueblo teutón por su imperio militar.

Es un ambiente cerrado, saturado de la misma idea madre, donde las leyes atávicas presionan con mayor potencia que en el resto de los hombres, la exaltación de la personalidad llevada a la exageración, reuniendo en una misma síntesis a los pensadores de principios más encontrados, deistas y ateos: el más fuerte (el perfecto, el ungido del Señor) tiene el derecho de aplastar al débil (el defectuoso, satán), mucho más cuando su misma debilidad lo vuelve rebelde.

Me diréis que estos principios priman en las demás razas, en los otros pueblos; efectivamente, pero no en forma tan impenetrable, tan absoluta, tan completa. Son todas las clases sociales, todos los estamentos, todos los cerebros, se ve hasta en su arte, a sus moles aplastantes, en los barrotes de fierro de su caligrafía. En la población universitaria de todos los países hay grupos de estudiantes anarquistas, existen profesores que simpatizan y algunos hasta propagan en lo que permite su materia, la nueva filosofía emancipadora. En Alemania, a pesar de su ciencia, los estudiantes de las universidades, como su emperador, viven todavía en plena edad media.

Al referirme al arte, podéis citarme a Wagner, pero Wagner era la excepción, Wagner era anarquista. He aquí una prueba evidente de la tesis que venimos sosteniendo. ¿Ha podido el anarquismo penetrar en Alemania? Bien sabéis que en Alemania los anarquistas no forman colectividades, por su escasez, porque no existen sino por excepción. En la mayor parte de las ciudades francesas, belgas y hasta en Inglaterra, refugio de los proscriptos de todo el mundo, actúan grupos anarquistas, prensa anarquista; en Alemania no los conocemos, ni aun en la misma capital. Existe un grupo de socialistas revolucionarios, pero no llegan al anarquismo.

En Rusia ya no sucede lo mismo. La masa nacional rusa presenta otros aspectos. Así como en Alemania todo el pueblo está con el Kaiser, en Rusia, no todo el pueblo está con el Zar. Existe, como sabéis, un fuerte partido revolucionario, en el que abundan los anarquistas. En Rusia, victoriosa o vencida, se aprovecharán todas las contingencias para implantar... no la anarquía, porque no es posible aún, pero sí una democracia que permita cambiar el ambiente social y preparar el terreno para la conquista de la Libertad Aerática.

¿Malatesta augura y desea que Alemania salga vencida, porque cree que esto provocaría la revolución... social? No; una revolución política que traería como resultado el establecimiento de una democracia, que hiciera posible la sustitución de los valores antiguos por los valores nuevos. En el fondo, el pensamiento mío y el de Malatesta coinciden.

III

Me tratáis de "amante incondicional de los hechos brutales — de la realidad". Sois injustos. Si fuera así, tened por seguro que no escribiría estas líneas.

Lo único que hay es que creo ver la realidad completa, con toda su incommensurable importancia y sus trascendentales consecuencias.

Los hechos se presentan salvajes muy a pesar mío, pero evidentes. Un ejército devastador ha invadido el territorio de los países occidentales de Europa, trataudo de destruirlos, de aniquilar todas sus energías sociales, con el fin de dominarlos, y una vez conseguido, por derecho de conquista germanizarlos; es decir, no sólo imponerles el poder teutón, sí que su pensamiento, su civilización. Su éxito, implicaría, por ese hecho, la muerte de las democracias, la desaparición por una serie de generaciones, de ese estado incipiente de civilización nueva a que antes nos hemos referido; muy incompleta aún, muy atrasada, pero en cuyo ambiente flotan los gérmenes del anarquismo, un ideal de vida superior, más libre y más justa para todos. Significaría la pérdida completa del trabajo espiritual de muchos centenares de hombres que se han sacrificado con ardor, preparando el camino de la Belleza y del Amor, a la futura humanidad. Significaría en fin, que durante largos años, todas las energías que actualmente emplean los hombres generosos y altruistas — entre los cuales contamos a los redactores de "La Protesta", — para allanar ese camino, tendrían forzosamente que destinarse para tratar de sustituir a esos Kaisers *que hablan por boca de Dios*, por un poder democrático; repetir otro 93 que cambiase los valores morales del germanismo, cuya hegemonía invadiría el mundo.

La visión clara de estos resultados, que no todos alcanzan, porque se estancan exclusivamente en los intereses industriales y mercantiles, sin comprender que en su esencia todas las luchas humanas son luchas de inteligencia y de voluntad; la visión clara de los hechos, decimos, es la que ha determinado a algunos apóstoles del anarquismo, a opinar que debía establecerse una tregua con su enemigo natural, a fin de precaverse contra otro enemigo mayor y más temible, cuyo éxito haría imposible continuar la lucha en favor de la internacionalidad obrera. En países donde la minoría anarquista puede considerarse un factor apreciable para contribuir a la derrota de una reacción mundial, perjudicial para todos, sería el peor de los suicidios no hacerlo.

Es una acción accidental, momentánea, obligada por la feroz realidad que no permite discutir, sino obrar; es una conducta transitoria llevada a cabo con el más puro convencimiento de servir mejor los anhelos humanitarios de nuestro ideal, para volver a la brecha con el ardor de siempre tan pronto desaparezca el peligro común, o se presenten contingencias favorables, que pueden venir.

A los que nos tratan de claudicantes, defensores de los gobiernos, guerrafondai, etc., ¿qué menos podemos decirles sino que son unos ilusos?

Hemos tratado de expresarnos con toda la claridad que nos ha sido posible, no nos incomoda la crítica, ni las opiniones contrarias; lo que sentimos es que no se nos comprenda, lo que nos duele, por aquellos hombres acreedores al cariño de todos los oprimidos, es que se les calumnie tan gratuitamente, precisamente por los que se erigen en guardadores del Arca Santa del Ideal.

¡Oh, terrible paradoja!

J. Albar.

El Divorcio

III

El divorcio frente al matrimonio sacramental

Al abordar esta nueva faz del problema que me ocupa, creedme que lo hago con el más profundo temor al pensar que, muy a pesar mío, tendré que tocar puntos delicados que puedan afectar ajenas convicciones que me merecen el más profundo respeto, porque conceptúo sinceras, como son sinceras mis palabras. Y me atrevo a tocar este punto porque es en realidad el "quid" de la cuestión. En efecto, ¿dónde, en qué país es el matrimonio indisoluble? En los países católicos (menos Bélgica, Francia y el Uruguay). ¿Por qué? Porque la Iglesia, porque el Concilio de Trento así lo ha dispuesto. ¿En virtud de qué principio? En virtud de la infalibilidad de la Iglesia. Debo recordar acaso que en nombre de este mismo principio hanse sostenido los más grandes errores científicos?...

Ante todo salta a la vista una inexplicable incongruencia al considerar que la Iglesia haya legislado sobre el amor humano, sobre ese instinto que triunfa de la razón y se impone en perjuicio de todas las leyes; este sentimiento sublime, cantado por todos los poetas de todos los siglos, y que no puede ser conocido de los padres de la Iglesia, porque es en esencia distinto al amor divino, ese amor desinteresado que nada pide, que nada espera y todo lo da, amor elevado si queréis, pero amor, al fin, que sólo sienten los incapaces de sentir el amor humano, que es el amor que más agrada a los ojos de Dios, porque parece una res-

puesta a su mandato: "Creced y multiplicaos".

El abate Vidieu, en su obra "Famille et Divorce", atacando este último, dice: "Unico de su especie en un jardín ameno donde el amor y la vida hacían extremecerse a toda criatura, veía Adán besarse las flores y los verdes tallos inclinarse unos hacia otros; oía murmullos que no comprendía, los cantos de los pájaros llenaban de turbación y de emoción a su alma, virgen todavía, pero impulsada por secretos instintos, torturada por vagos deseos." Y si estos secretos instintos son naturales en el hombre, no es lógico suponer que debieron serle gratos a Dios para que así le dotara? Y al hombre que faltan estos instintos, no es razonable suponer que es un hombre anormal, o incompleto, como dicen hoy los médicos en su afán de materializarlo todo? Si quisiéramos, por ejemplo, legislar sobre higiene, recurriríamos a médicos; si sobre obras de irrigación, a ingenieros; si clasificar los colores, no acudiríamos ciertamente a un individuo que padezca de daltonismo. Cambiando los términos, yo pregunto: ¿Cómo hablarle del amor humano; cómo pedir que legisle sobre nuestras pasiones y sentimientos, a un individuo que sólo ha sentido el amor divino, que se ha embriagado y entregadose a él? ¿Con que autoridad nos dice que el matrimonio es indisoluble? Si me dijera que lo es el matrimonio con Dios, podría muy bien aceptarlo, en la confianza de que Dios no le burlará, no le adulterará, no le embriagará, no le inducirá a cometer crimen alguno, ni le arrastrará al deshonor: todo eso porque es Dios, porque es la suma perfección; pero al hombre, sér imperfecto, "vil gusano", cómo exigirle que sea Dios?

Hace poco tiempo me contaba un señor que ha corrido mucho mundo que hallándose en una de nuestras ciudades del interior discutía, entre sorbo y sorbo de mate, con el cura de la parroquia sobre moral, a quien dirigió estas preguntas: ¿Con qué derecho nos habláis de la pasión de los hombres por la mujer si os está prohibida tal pasión? ¿Cómo nos habláis de los deberes del marido y mujer si jamás fuisteis marido ni tuvisteis nunca mujer? ¿Cómo nos habláis de los deberes de los padres hacia los hijos si no sabéis lo que es tener hijos ni podéis saberlo no habiéndolos tenido? ¿Dónde está vuestra moral?...

Y anotemos una contradicción: El matrimonio deja de ser indisoluble cuando se trata de abandonar a una mujer o a un hombre para unirse a Dios. Me figuro este hogar cuando a tales extremos se recurre. Pero en este caso, más que todo, se someten a viva fuerza al amor divino. Y si el hombre o la mujer son demasiado nobles, demasiado sinceros para fingir un amor divino que no sienten, debemos castigar su sinceridad con el purgatorio de su hogar?

Y si en el caso más arriba citado, hombre o mujer, abandonan los hijos, se desprenden de ellos en absoluto, ¿puede esto ser grato a Dios? ¿Puede aceptar un amor que sacrifique la felicidad de tantos inocentes?...

Y el matrimonio con Dios mismo, con el esposo impecable, es también disoluble. Las esposas de Dios pueden abandonar los hábitos para casarse (Epístola de San Pablo, Cap. 7, Vers. 37 y 38) y también pueden hacerlo en Francia los clérigos desde la Revolución Francesa.

Y vayamos anotando infalibilidades falibles:

El abate Vidieu, dice: "Dios estableció también el matrimonio en la unidad". En otro sitio, dice: "Dios estableció también el matrimonio indisoluble". Más atrás, dice: "¿Qué paz podría reinar en la familia con la poligamia, principio fatal de querellas, de inevitables celos, en el matrimonio y entre los hijos?" Y luego, añade: "Si habéis experimentado el más vivo sentimiento del corazón, el amor, debéis saber que el amor no se divide". El amor divino, en efecto, no se divide ni podría dividirse; pero el humano... Aun aceptando que el amor no se divide, podemos afirmar que el amor hacia un individuo termina cuando encuentra a quien amar con más fuerzas. Podrá no hacerlo, pero esto es antinatural ¿Quién, al leer el Werther, de Goethe, hubiera criticado a Carlota si se uniera con Werther?...

Diré dos palabras sobre la evolución del matrimonio, guiándome por la Biblia, que no da, por cierto, la razón al abate Vidieu, con el exclusivo propósito de demostrar que se puede ser cristiano aun aceptando el divorcio.

Habla la Biblia: El génesis, cap. 1, vers. 27: "Y crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió; varón y hembra los crió"; vers. 28: "Y los bendijo Dios; y díjoles Dios: "Fructificad y multiplicaos, henchid la tierra, etc." Y el Concilio de Trento, interpretando las palabras de Dios a su manera, dice: canon. X: "Si alguno dijere que el estado de matrimonio debe preferirse al estado de virginidad y de celibato, y que no es mejor ni más venturoso permanecer en la virginidad o en el celibato que casarse: sea anatema". Igual interpretación, errónea desde luego, observamos en Jesús y sus discípulos. La virginidad... el celibato... fructificad y multiplicaos... henchid la tierra... haré tu simiente como el polvo de la tierra (cap. 13, vers. 16)... creo que hay contradicción.

En el cap. 4, vers. 17, leemos: "Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoch..." Conoció a su mujer. ¿Descendió acaso del cielo? Lo más lógico es suponer, de acuerdo con la teoría científica de Morgan, que Henoch era hijo de Caín y de su madre Eva, como debió serlo también Enos hijo de Seth, tercer hijo de Adán y Eva. Tal se deduce del cap. 5, vers. 4, que dice: "Y fueron los días de Adán, después que engendró a Seth, ochocientos años: y engendró hijos e hijas".

Y vayamos a otro punto. Cap. 4, vers. 19, dice: "Y tomó para sí Lamech (sexta generación en línea directa de Adam) dos mujeres; el nombre de la una fué Ada y el nombre de la otra Zilla". Y para citar un solo ejemplo de poligamia consentido y aprobado por Dios, tenemos el de Jacob, que se une con Lea contra su voluntad y luego con Raquel. Tiene hijos con ambas y sin embargo se acuesta en el lecho de sus esclavas. Confesemos entonces que Dios no previó lo de las querellas y los celos inevitables.

¿De dónde se deriva, pues, el principio de la indisolubilidad del matrimonio? El abate Vidieu, y como él muchos, afirman que Dios dijo que el hombre y la mujer unidos serán dos carnes en una sola carne, lo cual es un error porque no es Dios quien tal dijo, sino Adam: cap. 2, vers. 23 y 24: "Y dijo Adam: Este es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta será llamada Varona, porque del varón fué tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre y allegársela a su mujer, y serán una sola carne". Pero lo grave es que este error no es sólo de Vidieu, sino también de Cristo o, si queréis, de San Mateo, que pone en boca de Jesús estas palabras: cap. 19, vers. 4, 5 y 6: "...¿No habéis leido que el que *los* hizo al principio, macho y hembra los hizo, y dijo: Por tanto, el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne? Así que no son ya más dos, sino una carne: por tanto, lo que Dios juntó, no lo aparte el hombre". Mas sus discípulos, en el vers. 7, y en San Marcos, cap. 10, vers. 4: "Díceule: ¿Por qué, pues, Moisés mandó dar carta de divorcio y repudiarla?" (No debemos olvidar que Jesús dijo: cap. 5, vers. 17: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: No he venido para abrogar, sino a cumplir") A la pregunta que le dirigieran sus discípulos, Jesús contesta en el cap. 19, vers. 9: "Y yo os digo que cualquiera que repudiare a su mujer, si no fuera por causa de fornicación, y se casare con otra, adúltera; y el que se casare con la repudiada, adúltera". Es decir, que por causa de fornicación permitía Jesús — y los apóstoles — el divorcio que el Concilio de Trento prohibe más tarde en el canon VII: "Si alguno dijere que la Iglesia yerra cuando enseña — como ha enseñado siempre, según la doctrina del Evangelio y de los apóstoles —: que el lazo del matrimonio no puede ser disuelto por el pecado de adulterio de una de las partes...: sea anatema". La contradicción es palpable, pues Cristo permitía en este caso el divorcio, pero condenaba a la mujer repudiada al celibato forzoso, lo cual está en contradicción con lo que él mismo dice en el vers. 11: "No todos reciben esta palabra, sino aquellos a quienes es dado". ¿Lo es acaso la mujer repudiada? Y los discípulos responden a Jesús, versículo 10: "Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse". Cosa extraña, nuestros hombres de hoy piensan lo mismo que los discípulos de Cristo.

En la primera epístola de San Pablo a los corintios, leemos, cap. 7, vers. 15: "Pero si el infiel se aparta, apártese: que no es el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante *caso;* antes a paz nos llamó Dios".

Pero la mujer adúltera o separada de su marido no podrá casarse.

¿No está eso en contradicción con estas palabras del mismo San Pablo dirigidas a los solteros y a las viudas en el vers. 9: "...si no tienen don de continencia, cásense: que mejor es casarse que quemarse"? ¿Las mujeres adúlteras y las separadas de marido infiel, siendo jóvenes, no tendrán razón en decir: mejor es casarse que quemarse?...

Y para terminar con estas citas, oigamos todavía a San Agustín: "El hombre que, renovado en la fe, en la esperanza y en la caridad, permanece firmemente unido a estas virtudes, no necesita de las Santas Escrituras, sino para influir a los otros. Así, muchos cristianos viven en la soledad sin preocuparse de las autoridades sagradas y guiados simplemente por las virtudes que acabamos de nombrar". Y en estas virtudes, fe, esperanza y caridad, no está en ninguna alguna incluído el principio de la indisolubilidad del matrimonio, y sin embargo los que sólo practican estas virtudes no son por eso menos cristianos.

Pero la Iglesia se reserva el derecho de anular el matrimonio cuando éste no se haya consumado (canon VI) por grados de parentesco y de alianza (canon III): y en el canon IV, dice: "Si alguno dijere que la Iglesia no ha podido establecer ciertos impedimentos que rompan el matrimonio, o que ha errado estableciéndolos: sea anatema". No: no protestamos de que la Iglesia se tome la facultad de divorciar; sólo queremos que esta facultad sea extensiva a nuestro código civil, como lo es hoy la legislación sobre el matrimonio. Y lo queremos porque no todos los matrimonios son católicos, y en tal sentido nada tiene que ver con ellos la Iglesia, y los que lo son no pueden, por lo general, recurrir a ella, porque un pleito de divorcio entablado ante el papado debe pesarse con libras esterlinas, sin contar otras dificultades. ¿Por qué se opone, pues, la Iglesia a la promulgación del divorcio? Creo no equivocarme al afirmar que lo hace en virtud del canon XII, que dice: "Si alguno dijere que las causas concernientes al matrimonio no incumben a los jueces eclesiásticos: sea anatema". (De lo cual se deduce claramente que el Estado argentino ha incurrido en anatema al abrogarse el derecho de legislar sobre el matrimonio).

Al canon que acabo de citar bien pueden servir de respuesta estas palabras admirables de Alejandro Dumas (hijo): "Con efecto, dice, el matrimonio indisoluble es uno de los últimos refugios de vuestra política: ved ahí por qué el padre Didón quiere que la mujer de veinte años, burlada, abandonada, desgraciada, se cubra de vestiduras de luto y no acuda legalmente a nuevas nupcias.

"Bueno es para vos que la mujer sufra, porque entonces cree tener necesidad de vos; pero la verdad es que vos tenéis necesidad de ella.

"Desesperada, vestida de luto, pero encadenada en el matrimonio indisoluble, al sacerdote acude, a él conduce sus hijos.

"Restablecido el divorcio, la mujer que lo obtiene lleva su persona y sus hijos al segundo marido, o se constituye padre y madre en toda su unidad. Puede dar a luz otros hijos civilmente legítimos, puede amar públicamente a otro hombre que al miserable a quien se ha visto obligada a abandonar, y no necesitará ya de los consuelos ni de las complicidades del confesionario."

Suponiendo que la Iglesia se opusiera al divorcio en nombre de los católicos solamente, yo digo: Divórciense los maridos desgraciados que quieran hacerlo, y no lo hagan, ni nadie les obligue a ello, aquellos cuyas creencias se lo prohiben. O acaso el divorcio hará que acudan á él también los católicos? Enhorabuena, si ellos lo quieren. Y lo querrán, porque las leyes biológicas se imponen sobre las leyes divinas. Sirva de ejemplo este caso que cita la señorita Carolina Muzzilli: "Aún no hacía un mes que el divorcio existía como ley (en el Uruguay) y ya había doscientos pedidos de disolución por parte de cónyuges católicos". "El hecho es bastante sugestivo y no tiene necesidad de comentarios..." añade en seguida.

Se me dirá a raíz del citado ejemplo, que se ve bien claro que el divorcio incita a la desunión. A lo que yo contesto que tal afirmación es ridícula porque los matrimonios bien organizados en los que no prima el interés, sino el amor, la amistad, la confianza o si queréis la costumbre, no se disolverán porque exista una ley que les autorice a hacerlo. Pensarlo es hacer poco honor al género humano. Además existirá una traba importante: la cuestión económica, el sustento de la mujer y el de los hijos. Por otra parte, el aumento de los pedidos de divorcio implica la disminución de las separaciones corporales y sobre todo del adulterio obligado. Y aunque así no fuera, significaría en último caso, el triunfo de la sinceridad sobre la hipocresía reinante, porque en los matrimonios de hoy y cuando hay oro de por medio, "el hombre se dice que sostendrá queridas con el dinero de su mujer. (Caso muy común entre nosotros). La mujer, si no lo confiesa, siente instintivamente que encontrará en amantes, para la satisfacción de sus sentimientos y para sus gastos de tocado, el amor que no le aportara su marido y las sumas que él haya dilapidado fuera del hogar. Lo que ellos establecen es un nombre patronímico, una razón social para los hijos, legítimos o no, que nazcan de su unión." (Naquet).

Está bien, se me replicará; el factor económico es fuerte barrera para impedir el divorcio; pero, ¿y los asalariados, los pobres? ¡Los pobres! Estos no tienen necesidad de vuestras leyes, que son de clase: únense entre sí por cariño y se separan cuando el cariño ha desaparecido. "La obrera que es casada, dice Naquet, y a quien el marido abandona, puede, lo propio que la burguesa, obtener de los tribunales alimentos para ella y para sus hijos. Pero "allí donde no hay, dice un antiguo proverbio, el rey pierde sus derechos", y el rollo queda letra muerta." Y el doctor Arena, decía en el Senado Uruguayo, al referirse al divorcio y el factor económico: "No; a los desheredados no les importa el divorcio, por amplio que sea; no les importa porque no tienen bienes, sus cuentas están siempre arregladas. Viven dentro del matrimonio mientras puedan vivir felices o, por lo menos, mientras puedan soportarse, y cuando no pueden más, se abandonan sin ningún barullo y sin acordarse siquiera de la ley." Frugoni decía con cierto escepticismo: "Votaré el proyecto por razones de principios, pero no porque el asunto entusiasme al proletariado, porque para los proletarios la cuestión del divorcio es un mito, está de hecho resuelta por su propia miseria."

Además, la legislación no tiene sino una fuerza muy débil, como lo hacía notar ya Bertillon, sobre el fenómeno de la desunión de los matrimonios. El mismo abate Vidieu confiesa que el divorcio ha existido en Roma por más de cincuenta siglos sin que se haya presentado un solo caso. Desde luego, no es exacto que la depravación sea resultado del divorcio, como lo afirma en otro sitio el mismo autor; no puede serlo, pues la depravación es causa y el divorcio su efecto.

Quiero señalar, por último, otro error en que incurre el abate Vidieu y tantos otros: "Y el marido, dice, ¿cuál no será su ligereza al contraer un matrimonio que rompa a guisa de su capricho? Psicólogos y observadores afirman con razón que lo susceptible de perderse se trata con más cariño que aquello que sabemos ya nuestro, inseparable. El hombre despreciará a la mujer en tanto ésta se vea obligada por la ley a permanecer a su lado. De ahí mi firme convicción de que el divorcio, lejos de "legitimar sus vi-

cios'', hará que éstos disminuyan ante la conciencia de sus consecuencias. El hombre considerará entonces a la mujer como un ser digno de él y no como a una esclava, cual hoy sucede.

Y para terminar con la faz religiosa de este problema, permitidme que haga mía esta pregunta formulada por el diputado Balestra en 1902: ''¿Qué es, en efecto, el matrimonio civil — exclusivamente civil — para la Iglesia? No creo hacerla aparecer bajo un carácter excesivo, repitiendo la frase de su propaganda oral y escrita: el matrimonio es un concubinato Luego, pues, la disolución del matrimonio civil sería la disolución de un concubinato, vale decir, sería un acto moral y laudable, desde que el concubinato es reprobado por la Iglesia.

SIMON SCHEIMBERG.

Bibliografía

Tiempo hace que deseábamos dedicar a esta sección del periodismo el lugar preferente que por su importancia se merece. Exigencias del medio y sobre todo la acumulación incesante de hechos y causas perentorias que han obligado a esta revista a asumir actitudes resueltas y definitivas, absorviendo toda su atención y dedicando todas sus páginas al comento y defensa del arte y la libertad, nos habían impedido realizar la noble misión de crítica sana y orientadora que hoy iniciamos con la más pura intención y la mejor voluntad.

Aquí donde sólo los afortunados pueden editar libros, haciendo un supremo esfuerzo que premia las más de las veces el fino velo del polvo de los escaparates donde el olvido los arrumba y la polilla los destruye, es más que una necesidad, una obligación que las publicaciones libres tienen contraída, de arrancar de las sombras esas energías del hombre, volcadas en frases bellas y en razones tan poderosas como las fuerzas subterráneas que vivifican al mundo. Lo hiriente e insuficiente de esos anuncios de cuarta página que dedican a *la tinta fresca* los grandes rotativos, tendrá su desagravio en esta sección, no tan vasta en espacio cual nosotros la quisiéramos.

RUBAYAT (Poesías de Omar al Kayyam, traducidas por Carlos Muzzio Sáenz Peña).

No con la oportunidad que da particular sabor a la crítica, sino con la satisfacción que nos produce el hablar cuando las circunstancias nos lo permiten de una cosa bella e interesante, dedicamos esta primera impresión al noble esfuerzo de Muzzio Sáenz Peña, traductor afortunado del popular y exquisito poeta persa. Preceden al libro una noticia bibliográfica sobre las diferentes traducciones que en las lenguas extranjeras se han hecho de la famosa obra, un meditado prefacio de Melián Lafinur y al fin de esto una notable introducción de Sáenz Peña.

Inútil sería comentar lo que el traductor nos dice, ya que su erudita disertación no pretende darnos la clave interpretativa del poeta persa, ni mucho menos ponernos incondicionalmente en su favor.

Su exordio preliminar es un retrato literario y psíquico del solitario cantor del Iran, hecho con lo poco que de él se sabe, y con otro poco de lo mucho que sobre su vida ha inventado la imaginación afiebrada de su raza. No ha habido en esta traducción el objetivo común de la *novedad* por la *utilidad*. En un todo opuesto a esos que especulan con lo exótico, malogrando de esta guisa la belleza original de una obra, en aras de la urgencia propia que les impele a *hacer algo* o a *ganar algo*. Muzzio Sáenz Peña, ha realizado en su meritorio trabajo esa honrosa labor cultural y apasionada que hace sumergir los ojos del espíritu en las profundas y misteriosas fuentes del arte extraño, para darnos luego la imagen fiel de ese mundo desconocido, temblroso de emoción y lleno de encantos. Vertida al inglés y de éste al castellano, fuerza es que la obra debe haber perdido — como en toda traducción — el perfume natural del idioma propio, que en el verso especialmente forma su base emotiva, su música interior, su particular motivo: no obstante esto, y para mayor mérito de Sáenz Peña, la poesía Omariana fulge aún con nítidos colores en los variados prismas de las ''Rubayat''. El cálido poeta no ha perdido la sonoridad cadenciosa de sus días felices. Alrededor de cuatro imágenes sencillas — maravillosa sencillez de los grandes creadores — su lira de ''cuerdas de seda'' forja las ardientes canciones que, si dicen del amor, vibran sinceras, procaces e incitivas, ebrias de besos y rojas de vino, y si dicen de la fe — constante preocupación que casi hacen del libro un evangelio herético — niegan de plano y lealmente. Demasiado sensual para ser un escéptico, Omar canta al abandono y al placer, al goce pleno de la vida, a los labios sangrantes de las mujeres bellas y a todo lo que sea amor, felicidad y hermosura, pero su canto no sólo se adormece entre los brazos amantes, su voz se alza sonora, y no ya como un poeta, sino como un apóstol canta: ''Una sola copa de vino vale lo que cien religiones''.

Bebe en el licor las heces de toda su sabiduría y aparta de su camino, con mano firme, las zarzas preceptistas de todos los misticismos. ''El actuar en ceremonias vanas es cual perder el tiempo arrojando piedrecillas al mar. Estoy hastiado de los idólatras de la pagoda. ¡Oh Khayyán! ¿Quién puede asegurarte que tú habitarás el infierno? ¿Quién fué jamás al cielo? ¿Quién jamás vino del infierno?''

Hermosos gestos de moral libre fulguran en las estancias Omarianas. No satisface a su espíritu sutil la melódica música de las copas y los besos: junto al rubí del vino, a la albura del pan y al rojo vivo de las mejillas de la amada, alza su desencanto, lo confunde con el placer y trueca la frase vanal que el amor satura, en hiriente ironía. ''El Korán que los *hombres* — los hombres, la multitud creyente, él no — llaman la palabra suprema, se lee de vez en cuando: pero no continuamente. En los bordes de la copa hay un texto grabado que se lee a todas horas y en todos los lugares.'' ''El vino, el banco de la taberna y nuestros cuerpos de borrachos son indiferentes a la esperanza, a la misericordia y al temor del castigo. Nuestras almas y nuestros corazones, nuestras copas y nuestros vestidos, son independientes de la tierra y del cielo.'' ''Seamos felices, el velo de nuestro arrepentimiento está tan desgarrado que no podemos pensar en remendarlo.'' Si su sonriente agresividad decae, no es para arroparse en el austero manto de las cavilaciones abstractas.

Serena el labio, pero jamás arruga el entrecejo aunque trate de ahondar en la filosofía. ''Con la misma indiferencia que corren las aguas por los ríos y pasa el viento del desierto, así un nuevo día se ha ido de mi existencia. Hay dos días por los cuales mi corazón jamás ha languidecido: ese que no ha llegado aún, ese que ya pasó.'' Más fatalista que estoico, construye un razonamiento y se huelga de toda otra preocupacion. ''Mi venida no fué para mí el día de la creación. Mi partida es el objeto de mi sentencia, que yo ignoro, y ¿he de preocuparme por ello?'' Hermosa reflexión que bien pudo haber influído en Anatolio, el Grande, cuando puso en boca del admirable Nicias el consolador soliloquio: ''Verdaderamente, el tiempo carece de realidad: es una pura ilusión de nuestro espíritu. De modo que no existiendo mal puede traerme la muerte. ¿Es esto decir que viviré eternamente? No; pero saco en consecuencia que mi muerte es y que fué lo mismo que será. No la siento aún, pero es y no debo temerla, porque sería locura tener miedo a la llegada de lo que vino ya. Mi muerte existe como la última página de un libro que leo, pero que aún no he terminado.''

Nada es vulgar ni pesado en las ''Rubaiyat''. Las caricias son suaves y delicadas como alas de mariposas y las ironías fúlgidas y agudas como puñales florentinos.

''Si durante la primavera, un sér con las formas de una hurí, me da sobre el verde césped de un campo una jarra llena de vino, yo sería indigno de vivir si después de ello aún pensase en el cielo.''

''Nos borrarán del sendero del amor divino y el destino inflexible nos destruirá bajo sus talones. ¡Oh copera! la de la dulce cara, sacude esa pereza y llena otra vez mi copa, pues yo me volveré polvo.''

Esa alegre desesperanza, esa confomidad risueña con la ley fatal de las trans-formaciones, adquiere en la elocuencia de Al-Kayyan la fuerza atrayente y contagiante que hace vivir en la emoción y en el deseo de ese hondo anhelo de paz y de felicidad: Bebe vino, bebe amor, bébete la eternidad en la sangre de las sopas y la inmortalidad en el ánfora de los labios de la amada parece que nos dijera el corazón, convencido por Omar de que sólo en el placer y en la tranquilidad finca la vida.

El credo panteísta que irradia a trechos es simple y bondadoso como las vasijas que hablan. La arcilla de que el alfarero forma las jarras es la misma que perteneció ayer y pertenecerá mañana a un cuerpo humano.

''Extendí mi mano y tomé al azar uno de los vasos, y éste me dijo: Yo fuí una vez un cariñoso amante que se inclinaba al besar una cara querida, y esta asa que tú tienes en la mano fué un brazo que se enlazaba al cuello de la amada.'' Jamás sospecharía Omar que la ensoñación subconsciente que abrillantara sus estancias se transformaría con el tiempo en una de las más sólidas teorías científicas. Y es que la ley de los preclaros ingenios no cabalga en la cimera de los siglos, y como el sol, alumbra siempre.

La literatura argentina ha adquirido con esta obra una joya de inestimable valor, y el estímulo al que la tradujera nunca pudo ser mas eficaz y sincero que hablando con la voz del triunfo honrosamente ganado

Cantos de la lucha

Mi brazo un acero esgrime
como sostiene un laud;
mi verbo es la Juventud
que fulmina y que redime;
y mi corazón sublime
con sus odios como rocas,
en medio a sus fiebres locas
agigantando su talla,
parece un volcán que estalla
sus incendios por mil bocas!

Mas sueños tuvo que flotar
en su viaje, Colón;
no teme el ave al león
si sus alas no están rotas;
el golpe de las derrotas
jamás mi orgullo quebranta;
y aún más, la caída, cuánta
fuerza de nuevo me trae:
¡Si es cada gérmen que cae
un árbol que se levanta!

Mi bien jamás se reforma
aunque el mal siempre trabaje;
y no pierdo suba o baje
una línea de mi forma;
y es la evangélica norma
por mi nobleza aprendida,
que en las horas de la vida
del combate temerario,
el que hiere a su adversario
debe curarle la herida!

Favores a nadie imploro,
no aprendí a ser cortesano;
y odio al que besa una mano
por que dentro de ella hay oro.
No sé envidiar y deploro
quien de ello guarda un resabio,
y es maldito por mi labio
aquel que dá más aprecio
a una sonrisa del necio
que a una lágrima del sabio!

A la caridad bendigo
si es de noble sentimiento;
¡es la gloria, es el contento
que lleva mi alma consigo!
Brindar mi mesa al mendigo
no me avergüenza y sonroja;
y aquel, que el pan duro arroja
no sabe que en triste afán,
siempre habrá para ese pan
un pobre que lo recoja!

El hombre de vida lleno
jamás tiembla ante la muerte;
la adversidad de la suerte
debe encontrarle sereno;
y si un día el hombre bueno
queriendo llevar constante
su noble obra adelante,
triste y caído se vé,
¡habrá siempre quien le dé
una mano y lo levante!

Mis ojos si a un pobre ven
lo miran con tierno arrullo;
¡si aunque yo tengo mi orgullo
yo soy un pobre también!
Y quién no comprende, quién
que sienta un humano amor,
que en su hogar nunca hay calor
comiendo del pan que sobre,
¡si hasta el placer en el pobre
parece ser un dolor!

Amo al pueblo que no dobla
la cabeza en su desmayo;
que tenga el poder del rayo
y el gesto altivo del roble.
Que sea rebelde y noble;
y si un día ve ante sí
la cumbre de un Sinaí
y falte escalar su cima,
un mártir que lo redima:
¡que se haga un mártir de mí!

La juventud se esclaviza
y emanciparse no quiere
de un ídolo que se muere
y de un Siglo que agoniza.
¡Yo solo en mi heróica liza
lucharé contra los dos;
y de mi ideal en pos
los trozaré con mis hombros,
para hacer con sus escombros
otro siglo y otro Dios!

Mi gesto es irreverente
como el de un ángel Luzbel;
¡si hasta mi propio laurel
lastima a mi augusta frente!
Y en mi orgullo de vidente
jamás doblé la rodilla,
porque creo que es mancilla
y tanta ruindad denota
la infame mano que azota
cual la frente que se humilla!

Solo, vivo en el ambiente
de la cumbre a que he subido:
no habitan el mismo nido
el águila y la serpiente!
Yo le beso al Sol la frente,
vuelo y odio las escalas,
y en las fantásticas galas
de mi gran visión quimérica,
sueño que abrazo a la América
con lo inmenso de mis alas!

Ovidio Fernández Ríos.

GUSTAVO A. CASAS

"El Gran Rematador"

EL HOMBRE QUE VENDE!

166-PERÚ-166

BUENOS AIRES

cedinci